

PREPARADO POR: FERNANDO MARTÍN HERRÁEZ

14 DE ENERO DE 2010

LA ANTROPOLOGÍA DE LA ENCÍCLICA “CARITAS IN VERITATE”

CONFERENCIA

KnowSquare .

Privado y Confidencial

Prohibida su Distribución sin Autorización Expresa del Autor

Hoy es preciso afirmar que la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica¹.

Esta afirmación tan luminosa, y que ha motivado la lección inaugural de hoy, está al final de la tercera encíclica de Benedicto XVI. No es una afirmación sorprendente y como caída del cielo. Para cualquier lector atento que hubiera leído la Encíclica hasta ese número 75, la afirmación era casi una tautología. Efectivamente, durante todo el desarrollo de *Caritas in veritate* Benedicto XVI va dejando intuir que la estructura que vertebra la tercera encíclica del Papa es un discurso antropológico. Lo que hace Benedicto XVI es presentar una vez más la propuesta de la antropología cristiana que está en la base argumental de toda la Doctrina Social de la Iglesia.

La solución que propone para plantear bien la cuestión del desarrollo humano y de las crisis que aquejan a nuestro mundo, y quiero decirlo ya desde el principio, es un nuevo humanismo. “La fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otro como un don permanente de Dios”².

La solución está en el hombre. Así de sencillo y, al mismo tiempo, así de complejo. “El desarrollo nunca estará plenamente garantizado plenamente por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional. *El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común*”³.

La propuesta es un hombre abierto a la gracia y a la trascendencia, frente al hombre de espaldas al bien. Un hombre que es don, que está hecho para el don, de donde se deriva su predisposición para la fraternidad, la cooperación y la caridad. Es la propuesta del humanismo cristiano, que nos presenta Benedicto XVI en coherencia con toda la Doctrina Social de la Iglesia.

Una vez esbozada sumariamente la tesis voy a intentar argumentarla con mayor detalle. Quiero hacer una lectura lineal de la encíclica, de principio a fin. Al hilo de esta lectura iré subrayando aquellos aspectos de la propuesta antropológica que el mismo Papa ha querido destacar, y que confirman la tesis presentada.

Brian Griffiths, vicepresidente del gigante financiero *Goldman Sachs*, uno de los cinco mayores bancos de EEUU, ha escrito en el diario británico *The Times* que la encíclica *Caritas in veritate*, “pese a la dura competencia de algunas de las mentes más brillantes del mundo, es sin duda la respuesta a la crisis financiera más articulada, completa y reflexiva que ha aparecido hasta ahora”⁴.

¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 75

² Ib., 78.

³ Ib., 71.

⁴ La Razón, 14-07-09

Esta afirmación puede parecer exagerada... hasta que se lee este impresionante documento, sin duda uno de los más monumentales y de mayor calado emanados del magisterio de la Iglesia contemporánea, comparable tal vez a los grandes documentos del Concilio Vaticano II, y sin lugar a dudas una de las más brillantes aportaciones a la Doctrina social de la Iglesia, y de ésta al mundo.

Se presenta como un reconocimiento explícito a una encíclica anterior, la *Populorum progressio* de Pablo VI, del año 1967, que rescata del olvido, así como al propio magisterio del Papa Montini, en cuyo marco la sitúa. Con una visión de síntesis nada común, ofrece una elogiosa y lúcida lectura de dicha encíclica, hasta el punto de afirmar que "merece ser considerada como la *Rerum novarum* de la época contemporánea"⁵. Destaca su verdadero propósito y hace ver su clarividencia en el umbral de los acelerados y decisivos cambios que el mundo empezó a registrar a finales del siglo XX, con los que Benedicto XVI establece una comparación nada recatada al valorar la situación presente, singularmente marcada por la globalización, la crisis y una profunda desorientación doctrinal y moral.

Pío XI escribió la encíclica *Quadragesimo anno* en 1931, a los 40 años de la *Rerum novarum* de León XIII, y el propio Pablo VI la *Octogesima adveniens* en 1971 a los 80 años. Juan Pablo II publicó su encíclica *Sollicitudo rei socialis* a los 20 años de la *Populorum progressio*. A su vez, el deseo de Benedicto XVI era volver sobre esta última al cumplirse los 40 de su publicación, esto es en 2007, puesto que el desarrollo de los pueblos se veía seriamente afectado por nuevas coordenadas económicas, políticas y culturales.

Es sabido que las ideas de fondo que el pontífice manejaba para hacer su relectura ya estaban definidas, pero la conmoción financiera empezaba a intuirse y precisaba un juicio sereno y no de circunstancias, ajeno a demagogias e intereses de parte. Convenía asegurar los datos y tener suficientes y contrastados elementos de juicio.

La Doctrina social de la Iglesia es una luz perenne, pero se proyecta sobre un mundo cambiante, valorando a la luz de la Revelación y de la sabiduría humana las claves del momento, sorteando el ramaje de inmediatez y convulsión que impide ver el bosque de un mundo zarandeado por circunstancias dramáticas. La actual crisis financiera es síntoma de una crisis antropológica mucho más profunda. Y Benedicto XVI no quería precipitarse. No es un intelectual de circunstancias. Los dos años de espera han merecido la pena.

Caridad y desarrollo: el mensaje de Pablo VI

La íntima vinculación entre la caridad y la verdad, eje de la encíclica, es un foco de luz diáfana e intensa sobre todos los aspectos de la vida humana. Tras señalar que "*caritas in veritate*" es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, y destacar la indisoluble relación que la caridad guarda con la justicia y el bien común⁶, Benedicto XVI pasa a rescatar de la *Populorum progressio* algunas de sus claves decisivas, que serán también las que guíen el análisis de la nueva encíclica: el desarrollo humano integral, "de todo el hombre y de todos los hombres", fundado en "la verdad que libera".

Precisamente al definir los criterios de la justicia y del bien común es cuando destaca más la propuesta de la antropología cristiana: "La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de

⁵ *Caritas in veritate*, 8.

⁶ Cf Ib., 6-7.

comunidad”⁷, dice en el n° 6. Y añade poco después: “Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *pólis*”⁸.

El pontífice destaca expresamente que el mensaje de la *Populorum progressio* se inscribe en la tradición y la unidad de la Doctrina social de la Iglesia y del propio magisterio de Pablo VI, y analiza los vínculos de fondo en los que se respalda⁹. Tomando pie de la encíclica de Pablo VI, critica la reducción de una antropología plana y mutilada en su dimensión vertical: “el auténtico desarrollo del hombre concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones. Sin la perspectiva de una vida eterna, el progreso humano en este mundo se queda sin aliento. Encerrado dentro de la historia, queda expuesto al riesgo de reducirse sólo al incremento del tener”¹⁰.

Como Pablo VI, Benedicto XVI insiste en que tras las estructuras e instituciones se encuentra la responsabilidad de las personas. El desarrollo implica una visión trascendente de la persona; es una vocación¹¹ y no depende exclusivamente del poder humano, sino del amor al que hemos sido convocados por Dios, y requiere una respuesta libre y responsable: “sólo si es libre, el desarrollo puede ser integralmente humano”¹². Exige que la verdad sea respetada, de forma que el desarrollo sea guiado por el valor de la persona humana y por el sentido de su crecimiento¹³. Es el desarrollo “de todo el hombre y de todos los hombres”¹⁴.

Desde esta idea del desarrollo como vocación del hombre, Benedicto XVI recuerda, de la mano de Pablo VI, que el centro del mismo ha de ser la caridad. Esto implica a la voluntad, al pensamiento (“hacen falta pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo que permita al hombre moderno hallarse a sí mismo”¹⁵), y sobre todo la consolidación de la fraternidad humana, la cual sólo será posible por la vocación trascendente otorgada por Dios Padre. No se puede ser hermanos sin ser hijos del mismo padre común¹⁶. Dice el Papa, de la manera más sencilla pero con la verdad del sentido común, que “la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos”¹⁷.

⁷ Ib., 6.

⁸ Ib., 7.

⁹ Cf Ib., 10-15.

¹⁰ Ib., 11.

¹¹ Cf Ib., 16.

¹² Ib., 17.

¹³ Cf Ib., 18.

¹⁴ Ib., 18.

¹⁵ Ib., 19.

¹⁶ Cf Ib., 19.

¹⁷ Ib., 19.

El desarrollo humano en nuestro tiempo

Pablo VI tenía una visión articulada del desarrollo económico, social y político, que miraba más allá de lo técnico y lo material, hasta lograr una elevación real, extensible a todos y sostenible, de la condición humana. Sin embargo se han producido en el mundo "desviaciones y problemas dramáticos", que la crisis actual ha puesto aún más de manifiesto, porque el desarrollo perseguido no ha tenido en cuenta la naturaleza del hombre. Urge por ello, dice el Papa Benedicto XVI, "una nueva síntesis humanista. (...) Una profunda renovación cultural y el redescubrimiento de valores de fondo sobre los cuales construir un futuro mejor"¹⁸.

Las ideologías han simplificado artificialmente la realidad. Frente a esto, hay que "examinar con objetividad la dimensión humana de los problemas"¹⁹. Una vez más el criterio antropológico para juzgar la realidad. Tras enumerar aspectos concretos de la crisis actual (desigualdades escandalosas, corrupción, falta de respeto a los derechos humanos, proteccionismo injusto de la propiedad en el ámbito sanitario, etc.) se afirma que el desarrollo ha de ser "integral", no sólo económico y tecnológico²⁰.

Muchas cosas han cambiado en relación con el mundo que Pablo VI tenía ante sí en 1967. Hoy se requiere una cierta participación de los poderes públicos en la economía, y a la vez de los ciudadanos en la *res publica*²¹. La globalización ha hecho que aumente la inseguridad y la vulnerabilidad social de los ciudadanos. La movilidad y la precariedad laboral han llevado al desarraigo y la inestabilidad psicológica y familiar²². En el plano cultural se ha instaurado un eclecticismo relativista y un empobrecimiento del nivel cultural, fruto del rechazo de la naturaleza humana como referente²³. La inseguridad alimentaria en muchos pueblos (agua, alimentos...) reclama una "vía solidaria hacia el desarrollo" y un respeto creciente a la vida, gravemente amenazada por el aborto y la mentalidad antinatalista y eutanásica²⁴.

Aquí se da una novedad importante: la vinculación del desarrollo a la apertura a la vida. Cuando una sociedad desprecia la vida se incapacita para servir al verdadero bien del hombre, al desarrollo auténtico²⁵.

Otra novedad es la insistencia de Benedicto XVI en la fundamentación trascendente del desarrollo humano: "Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre". La negación del derecho a la libertad religiosa, el laicismo desatado, pretende olvidar esta realidad. Frente a esta visión se alza de

¹⁸ Ib., 21.

¹⁹ Ib., 22.

²⁰ Cf Ib., 23.

²¹ Cf Ib., 24.

²² Cf Ib., 25.

²³ Cf Ib., 26.

²⁴ Cf Ib., 27.

²⁵ Cf Ib., 28.

nuevo la voz del magisterio: "El ser humano no es un átomo perdido en un universo casual, sino una criatura de Dios, a quien Él ha querido dar un alma inmortal y al que ha amado desde siempre. Si el hombre fuera fruto sólo del azar o la necesidad, o si tuviera que reducir sus aspiraciones al horizonte angosto de las situaciones en que vive, si todo fuera únicamente historia y cultura, y el hombre no tuviera una naturaleza destinada a trascenderse en una vida sobrenatural, podría hablarse de incremento o de evolución, pero no de desarrollo"²⁶.

El "desarrollo humano integral" necesita una orientación que sólo vendrá de una integración de los saberes y que ha de incluir también la caridad: "sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor"²⁷. La valoración moral y la investigación científica deben crecer juntas; se requiere una visión sapiencial, que a su vez exige "ampliar nuestro concepto de razón y de su uso"²⁸. Resuena aquí el famoso discurso de Benedicto XVI en Ratisbona.

Las "nuevas soluciones" y el "ensanchamiento de la razón" han de buscarse en "el respeto de las leyes propias de cada cosa y a la luz de una visión integral del hombre"²⁹, lo cual será también beneficioso para la propia economía; de lo contrario, los costes humanos serán también costes económicos. Se impone por lo tanto una revisión del modelo de desarrollo, tanto por la "salud ecológica del planeta" como, sobre todo, por "la crisis cultural y moral del hombre"³⁰.

Fraternidad, desarrollo económico y sociedad civil. La antropología del don

Es este capítulo tercero uno de los más originales de la encíclica. El punto de partida es lo que yo llamo "la antropología del don" y que es una línea de pensamiento que une el pensamiento de Juan Pablo II y el de Benedicto XVI. El Papa destaca la importancia que el "don", algo recibido y gratuito, tiene en la vida de los hombres, frente a la tentación de autosuficiencia que ignora la evidencia del pecado original. Verdad y caridad nos superan, nos han sido dadas a todos los hombres y nos hacen ver que la gratuidad exige un espacio en nuestra vida personal y social. La fraternidad (el ideal olvidado por la Revolución francesa, que renegaba de la paternidad divina) y la consiguiente perspectiva del bien común, se convierten ahora en categorías esenciales para el desarrollo humano integral. La actual crisis es esencialmente una crisis de confianza, de solidaridad fraterna³¹.

La economía es una actividad humana y por ello ética. Junto a la "lógica del intercambio contractual" propia del mercado, y a la "lógica de la política", la vida económica necesita la "lógica del don sin contrapartida"³². Mercado, Estado y sociedad civil deben articular la actividad económica. La solidaridad requiere el protagonismo sobre todo de la sociedad civil y la apertura a una economía de

²⁶ Ib., 29.

²⁷ Ib., 30.

²⁸ Ib., 31.

²⁹ Ib., 32.

³⁰ Ib., 32.

³¹Cf Ib., 34-36.

³² Cf Ib., 37.

comunidad: "tanto el mercado como la política tienen necesidad de personas abiertas al don recíproco"³³.

Se impone una revisión del modelo de empresa, para que ésta incluya el interés de todos los que contribuyen a ella, incluyendo la comunidad y el territorio en que se asienta. Hay límites éticos a la deslocalización de las empresas. La nueva cultura de la empresa ha de ser necesariamente personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia, a metas de humanización solidaria, en un marco de interdependencia global de las personas y de los pueblos.

El Papa insiste en la dimensión humana de la globalización: "La verdad de la globalización como proceso y su criterio ético fundamental vienen dados por la unidad de la familia humana y su crecimiento en el bien. Por tanto, hay que esforzarse incesantemente para favorecer una orientación cultural personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia, del proceso de integración planetaria"³⁴.

Y de nuevo insiste en una solución de otro orden a las planteadas hasta ahora: "La transición que el proceso de globalización comporta, conlleva grandes dificultades y peligros, que sólo se podrán superar si se toma conciencia del espíritu antropológico y ético que en el fondo impulsa la globalización hacia metas de humanización solidaria"³⁵.

Desarrollo de los pueblos, derechos y deberes, ambiente

La actividad económica obliga a replantear hoy la dimensión relacional de la vida humana, empezando por la importancia de los derechos y deberes recíprocos en el marco de una solidaridad universal.

La globalización es una oportunidad para redistribuir la riqueza y replantear las relaciones entre los pueblos. En este sentido las desigualdades existentes entre ricos y pobres son trágicas. "La exacerbación de los derechos conduce al olvido de los deberes. Los deberes delimitan los derechos porque remiten a un marco antropológico y ético en cuya verdad se insertan también los derechos y así dejan de ser arbitrarios. Por este motivo, los deberes refuerzan los derechos y reclaman que se los defiendan y promuevan como un compromiso al servicio del bien"³⁶. Es preciso compartir los deberes ayudando a los países pobres a ser "artífices de su destino".

De forma valiente e irrefutable, desmonta el Pontífice la idea maltusiana de que el aumento de población es causa principal del subdesarrollo, y alude a la necesidad de respetar el significado profundamente humano de la sexualidad, reclamando el reconocimiento de la competencia primordial de las familias. Insiste en que "la apertura moralmente responsable a la vida es una riqueza social y económica"³⁷.

³³ Ib., 30; Cf 45-47.

³⁴ Ib., 42.

³⁵ Ib., 42.

³⁶ Ib., 43.

³⁷ Ib., 44.

La economía, actividad esencialmente humana, tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento. “Sobre este aspecto, la doctrina social de la Iglesia ofrece una aportación específica, que se funda en la creación del hombre «a imagen de Dios» (Gn 1,27), algo que comporta la inviolable dignidad de la persona humana, así como el valor trascendente de las normas morales naturales. Una ética económica que prescindiera de estos dos pilares correría el peligro de perder inevitablemente su propio significado y prestarse así a ser instrumentalizada”³⁸.

Al profundizar en todo el entramado empresarial y su relación con la ética y la cooperación, señala de nuevo el criterio que ilumina: “En las *iniciativas para el desarrollo* debe quedar a salvo el principio de la *centralidad de la persona humana*, que es quien debe asumirse en primer lugar el deber del desarrollo”³⁹.

Otra relevante novedad es la reflexión sobre la relación entre desarrollo y ambiente natural. Destaca la singularidad del ser humano como responsable del cuidado de la naturaleza, la cual es "expresión de un proyecto de amor y de verdad", ámbito de la vida humana sobre el planeta. Es parte de esta responsabilidad dejar la tierra a las generaciones futuras de forma que puedan seguir habitándola dignamente⁴⁰. En definitiva, "el modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa"⁴¹. Alude, por último, a la "ecología humana", es decir al cuidado del ser humano y de la vida de las personas en el ámbito social, y a su estrecha relación con el cuidado de la naturaleza.

La colaboración de la familia humana. La antropología relacional

Dentro de la nueva visión de lo humano que la encíclica reclama, destaca, como ya se ha dicho, la dimensión relacional, necesaria para superar la conciencia de soledad y de vacío, tal vez la más trágica forma de pobreza. Invita sin miedo a repensar al ser humano desde la categoría metafísica de "relación", de forma que lo diverso y lo común, lo irrepitible del individuo y su apertura constitutiva a dar y a recibir, se complementen y hagan posible la comunión, la unidad real.

Los números que van del 53 al 55 constituyen un auténtico tratado de antropología relacional: “La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal. El hombre se valoriza no aislándose sino poniéndose en relación con los otros y con Dios. Por tanto, la importancia de dichas relaciones es fundamental. Esto vale también para los pueblos. Consiguientemente, resulta muy útil para su desarrollo una visión metafísica de la relación entre las personas. A este respecto, la razón encuentra inspiración y orientación en la revelación cristiana, según la cual la comunidad de los hombres no absorbe en sí a la persona anulando su autonomía, como ocurre en las diversas formas del totalitarismo, sino que la valoriza más aún porque la relación entre persona y comunidad es la de un todo hacia otro todo”⁴².

³⁸ Ib., 45.

³⁹ Ib., 47.

⁴⁰ Cf Ib., 50.

⁴¹ Ib., 51.

⁴² Ib., 53.

Benedicto XVI hace lúcidamente hincapié en la potencialidad del principio de subsidiaridad, expresión de la libertad y de la centralidad de la persona en el tejido social, correlativo al principio de solidaridad⁴³. Después insiste en la importancia de reconocer el contenido y el valor de la ley natural, criterio también para verificar el valor de las culturas y su mutuo entendimiento⁴⁴. Revisa luego asuntos decisivos como la educación, el turismo (incluido el turismo sexual), las migraciones, el desempleo, la sindicación, el sentido de las finanzas y el consumo⁴⁵. Finaliza este capítulo con una reflexión de alto calado acerca del papel de la ONU y de una conveniente reforma de la misma en el contexto actual⁴⁶.

El desarrollo de los pueblos y la técnica. La propuesta de una antropología cristiana

Es en este último capítulo cuando Benedicto XVI hace una propuesta de antropología, en una reflexión sobre la técnica y el desarrollo de los pueblos.

Comienza diciendo que la persona humana tiende por naturaleza a su propio desarrollo. Este desarrollo no depende de unos mecanismos de evolución naturales, sino que va a depender de las decisiones libres y responsables de la persona. Decisiones que no pueden ser nunca un capricho porque “somos un don y no el resultado de una autogeneración”⁴⁷.

El ser don implica una vinculación originaria con quien nos ha donado el ser, y marca un sentido y un límite constitutivo para nuestra libertad: “Nuestra libertad está originariamente caracterizada por nuestro ser, con sus propias limitaciones. Ninguno da forma a la propia conciencia de manera arbitraria, sino que todos construyen su propio «yo» sobre la base de un «sí mismo» que nos ha sido dado. No sólo las demás personas se nos presentan como no disponibles, sino también nosotros para nosotros mismos. El desarrollo de la persona se degrada cuando ésta pretende ser la única creadora de sí misma”⁴⁸.

Ante la tentación prometeica del hombre de construirse a sí mismo, o el mito del progreso o que la técnica es la solución para el desarrollo, el Papa plantea la solución humanista: “hemos de fortalecer el aprecio por una libertad no arbitraria, sino verdaderamente humanizada por el reconocimiento del bien que la precede. Para alcanzar este objetivo, es necesario que el hombre entre en sí mismo para descubrir las normas fundamentales de la ley moral natural que Dios ha inscrito en su corazón”⁴⁹.

El avance tecnológico es una gran herramienta para el desarrollo, siempre que no se convierta en argumento para concebir al ser humano como autosuficiente. Vuelve a insistir en la antropología del

⁴³ Cf Ib., 57-58.

⁴⁴ Cf Ib. 59.

⁴⁵ Cf Ib., 61-66

⁴⁶ Cf Ib., 67.

⁴⁷ Ib., 68.

⁴⁸ Ib., 68.

⁴⁹ Ib., 68.

don: "se debe recuperar el verdadero sentido de la libertad, que no consiste en la seducción de una autonomía total, sino en la respuesta a la llamada del ser, comenzando por nuestro propio ser"⁵⁰.

"La técnica tiene un rostro ambiguo" y debe estar guiada por un uso ético y responsable, al servicio del desarrollo humano integral. Lo mismo vale decir de los medios de comunicación social y de la bioética, donde la cuestión fundamental sigue siendo "si el hombre es un producto de sí mismo o si depende de Dios"⁵¹. Por eso Benedicto XVI insiste en la propuesta de un nuevo humanismo que garantice el desarrollo humano integral: "El desarrollo nunca estará plenamente garantizado plenamente por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional. *El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común*. Se necesita tanto la preparación profesional como la coherencia moral"⁵².

La cuestión social, concluye esta genial encíclica, se ha convertido en una cuestión antropológica. "*El problema del desarrollo está estrechamente relacionado con el concepto que tengamos del alma del hombre*, ya que nuestro yo se ve reducido muchas veces a la psique, y la salud del alma se confunde con el bienestar emotivo. Estas reducciones tienen su origen en una profunda incomprensión de lo que es la vida espiritual y llevan a ignorar que el desarrollo del hombre y de los pueblos depende también de las soluciones que se dan a los problemas de carácter espiritual. *El desarrollo debe abarcar, además de un progreso material, uno espiritual*, porque el hombre es «uno en cuerpo y alma», nacido del amor creador de Dios y destinado a vivir eternamente"⁵³.

Se necesitan unos ojos y un corazón nuevos, que superen el horizonte materialista de la vida⁵⁴; se necesita un "humanismo cristiano que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios"⁵⁵.

©Fernando Martín Herráez

Profesor de Antropología de la Universidad Católica de Ávila

⁵⁰ Ib., 69.

⁵¹ Ib., 74.

⁵² Ib., 71.

⁵³ Ib., 76.

⁵⁴ Cf Ib., 77.

⁵⁵ Ib., 78.